

los escritos de su tiempo: era obra de Valle y esto es bastante para recomendar su mérito literario.

A mas de estos periódicos, se publicaron durante el primer período de la revolución, algunos otros, tanto en Guatemala como en San Salvador; pero ninguno de ellos merece particular mención. En los demás Estados no había imprenta y sus Gobiernos carecían aun de una Gaceta en que hacer públicos sus decretos.

También circulaban en la República muchos impresos sueltos. Entre ellos se vieron algunos que honraban á cualquiera otro país mas civilizado que Centro-América; pero el mayor número se componía de producciones indignas que atestiguaban á un mismo tiempo la ignorancia de sus autores y el tino de los partidos.

## CAPITULO 5.º

Instalacion del primer Congreso federal—Dr. Galvez—Córdova, D. J. Francisco—Montufar, D. Manuel—Barrundia, José Francisco—Estado de la opinion en la República—P. Delgado—Sus pretensiones á la mitra de S. Salvador—Aquella provincia se erige en obispado—Oposicion del Metropolitano de Guatemala—Decreto de 27 de Octubre de 824—Influencia que tuvo este asunto en las cuestiones políticas—Se refutan las opiniones del autor de la Memoria de Xalapa acerca de este negocio—Como lo ventilaron los eclesiásticos—Obstinacion y procedimientos escandalosos de Delgado—Los liberales lo apoyan—Los serviles sostienen al Prelado Metropolitano—Decreto de 18 de Julio de 1825—Ocurso á Roma—Resolucion de aquella Corte—Como se terminó este altercado eclesiástico.

El primer Congreso federal, ménos numeroso que la A. N. C. por haberse duplicado la base de eleccion, y compuesto, en parte, de algunos de los diputados que mas se habian distinguido en la primera representacion nacional, se instaló el 6 de Febrero de 1825, y eligió por su primer presidente al Dr. C. Mariano Galvez

Este guatemalteco es uno de los personajes mas notables entre todos los que han brillado durante la revolucion, y uno de los hombres que han tenido una influencia mas directa y conocida en los destinos de su patria: por consiguiente, se ha hablado mucho de Galvez y se le han prodigado elogios y vituperios. Los

hechos que le pertenecen, y que por lo mismo procuraré referir en este bosquejo con la mas escrupulosa imparcialidad, darán á conocer á fondo su carácter. Yo me abstengo de entrar en detalles circunstanciados sobre este particular: en las presentes circunstancias, cualquiera elogio en especial, se tendria por una servil adulacion, mis censuras se creerian sugeridas por una afectada imparcialidad.

Baste pues decir, que Galvez, desde el principio de su carrera pública, descubrió cualidades que le llamaban al manejo de los grandes negocios, y un genio á propósito para figurar con brillo en las escenas de la revolucion. Siempre independiente, perteneció primero al bando imperial, estuvo ligado con las familias, en este concepto, y fué uno de los áulicos y consejeros de Gainza: despues abrazó con calor la causa de los republicanos, y comenzó á adquirir reputacion entre ellos haciendo una mocion, como síndico de la Municipalidad de Guatemala, para que se suspendiese la guerra contra San Salvador: mocion con que subsanó otras que habia hecho antes promoviendo los intereses del imperio, en cuyo favor habia obrado, mas bien por sus relaciones y compromisos de gratitud con algunas familias nobles, que por sus verdaderos sentimientos.

Desde que se pronunció abiertamente por las opiniones liberales, fué uno de sus mas fuertes apoyos y una de las manos hábiles que las hicieron triunfar. Durante las sesiones de la A. C., Galvez afirmó su reputacion y se hizo de gran prestigio entre los fiebres, de manera que cuando se instaló el primer Congreso federal ya figuraba á la cabeza de este partido.

Rivalizaba con Galvez y se hallaba al frente de los serviles Don José Francisco Córdova, hombre singular, en quien la naturaleza parece haberse complacido en reunir con una figura mezuquina y nada recomendable, un carácter ardiente, inquieto y verdaderamente enérgico. No cedia á su antagonista en actividad ni en astucia; pero le era muy inferior en cuanto á otras prendas que se creen necesarias en el hombre público. No tenia el disimulo ni las maneras insinuantes de Galvez; al contrario, con su genio satírico, de ordinario, lastimaba á todos los que no eran de su opinion: es verdad que esta arma, por otra parte, le fué muy ventajosa y le hizo como escritor público el mas temible para los liberales. Córdova tiene particular gracia para ridiculizar todo cuanto no le agrada, y gran facilidad para mezclar con lo serio el sarcasmo y la burla. Es obstinado en su modo de pensar y cede muy pocas veces: tiene una gran penetración que le descubre sin trabajo el fondo de las cosas y de las personas, y esto mismo lo hace previsor y desconfiado. Fué primero ardiente partidario de la independencia y anti-imperial, despues servil y aristócrata: en todas épocas ha acreditado una expedicion admirable y dado pruebas de su instruccion en la jurisprudencia del país, de su sagacidad y de su firmeza de ánimo. He aqui al principal agente del partido que se llamó moderado, al primer motor de todas sus operaciones y al consejero de Arce y Aycinena.

A mas de estos habia en uno y otro bando personas que sin dar la cara ni presentarse á descubierto en la arena, trabajaban sordamente y amontonaban en secreto los combustibles

que produjeron la explosión de 826. Entre estos debe contarse á D. Manuel Montufar, personaje muy parecido á los que acabamos de describir: es decir, hombre de grandes talentos y de un tacto fino, mañero é intrigante: tiene modales y amabilidad; pero se le notan cierta reserva y encogimiento que inspiran desconfianzas acerca de su sinceridad: no tiene el don de la palabra, pero escribe con destreza: su pluma ha sido siempre ministerial y una de las mas acreditadas de Centro-América; no así sus prendas militares, en cuya carrera no ha hecho proezas que le den concepto, al contrario, sus mismos partidarios le han echado en cara la prolongación de la guerra y el mal éxito que tuvo con respecto á ellos. Montufar ha pertenecido siempre al partido anti-popular y es uno de los mas acérrimos aristócratas; en lo cual no ha hecho mas que obrar en consonancia con sus propios sentimientos y con sus conexiones, que las tiene todas entre las *familias*, de las cuales es un miembro notable. En la adversidad, Montufar ha descubierto un espíritu rencoroso é implacable: ha olvidado las consideraciones que debe el hombre á su país natal en cualquiera situación de la vida; y se ha mantenido escribiendo desde el seno de una nación vecina y rival, para deshonar á su patria, y acaso para avivar antiguas é injustas pretensiones.

Barrundia (José Francisco) aunque no tiene genio ni arte para los manejos de gabinete, ha sido siempre el alma y el oráculo de su partido por el alto concepto que se tiene formado de sus talentos; y ha tenido una intervención poderosa en los negocios de su patria desde que

esta se hizo independiente. El lo había sido desde el año de 811, é invariable en sus opiniones ha sostenido constantemente la causa de la libertad; pero la ha sostenido solo con su pluma, pues aunque jamás ha desmentido su firmeza republicana ni ha sido inconsecuente á sus opiniones, nunca tampoco se le ha visto exponer su reputación ni su persona á los azares de la guerra.

Barrundia es reputado como uno de los primeros escritores de la República: su imaginación de fuego se traslada toda entera á sus escritos, y á cada paso se leen en ellos los rasgos valientes de la elocuencia tribunicia. No es su género favorito el satírico-burlesco, pero cuando se ha propuesto manejarlo lo ha hecho con particular gracia: lo acredita así la famosa comedia titulada *El Coliseo* de que, se dice, fué principal autor.

Por lo demás, Barrundia es una de esas cabezas inflamadas que no reparan en dificultades cuando se trata de entablar alguna teoría brillante, y que quisieran, de un soplo, mudar el aspecto político de su país y apropiarle todas las novedades que han probado bien en otras partes. No ambiciona mandos y ha desdeñado muchas veces los primeros puestos de la República, ya sea por temor á los compromisos que rodean estos destinos, ó bien por los sentimientos de una verdadera modestia; mas no por esto pretende vivir en la abstracción de los negocios: es un tribuno exaltado que gusta de mantenerse en los Congresos fiscalizando las operaciones del que ejerce el Poder Ejecutivo, cuyas facultades ha procurado siempre restringir, al paso que propende á dar un ensanche ilimitado

á las atribuciones de los cuerpos representativos.

Contemplándole en lo privado, Barrundia es un verdadero ciudadano: no tiene tacha en sus costumbres y su carácter simpatiza perfectamente con la sencillez republicana: desconoce lo que se llama el gran tono, y ni su genio ni sus modales sufren alteracion bajo el dosel: es obstinado en su modo de pensar y sus pasiones son vehementes é irasibles; pero no es rencoroso ni vengativo: es bastante amable en su trato, aunque en sus maneras se nota algun encogimiento ó cortedad.

Tal es el concepto que se ha formado generalmente de los cuatro personajes que, defendiendo intereses diametralmente opuestos, mantenian en continuo vaiven á la nave política, y empeñaron una lucha en que ha combatido una mitad de la nacion contra la otra mitad.

Los caudillos serviles contaban entre sus mas activos colaboradores á los Sosas, Millas, Betetas, Aycinenas y otros: contaban asi mismo con casi todos los ricos hombres y populacho de la Capital, con el Arzobispo, los frailes y la mayor parte de los pueblos de los departamentos de Quezaltenango y Verapaz, en que aquellos gozaban de un grande influjo: muy pequeño era el que tenian los serviles en las provincias; sin embargo, les eran adictos muchos pueblos de los departamentos de Santa Ana, Sonzonate, y San Miguel en el Estado del Salvador; los de Gracias y Santa Bárbara en Honduras; y algunas poblaciones de Nicaragua con su Gefe Cerda. Los costarricenses propendian algo á este partido; pero sin animosidad ni empeño, de manera que nunca tomaron una parte activa en la contienda de las faccio-

nes. El resto de la República pertenecia á los liberales, y entre estos se distinguian, en segundo órden, los Riveras, los Ibárras, Flores, Menendez, Espinozas, Vasconcelos y otros muchos.

Valle parecia tambien pertenecer á este último bando: digo parecia, porque en realidad, despues de la independecia, jamas perteneció á bando alguno, ni era fácil que quisiera hacer en Guatemala un papel subordinado despues de haber figurado en el Congreso de Méjico á la cabeza de los liberales y haber sido primer ministro de Iturbide. Si aparentó pues, en esta ocasion, adherirse á los fiebres, fué solamente para dar mas peso con su reputacion al partido que combatia á la nobleza, contra la cual conservaba antiguos resentimientos.

Se iniciaron tambien entre los liberales los extranjeros Raoul, Pierzon, Saget y Jonama que acababan de llegar á la República; pero no tomaron parte en los asuntos públicos hasta el año siguiente de 26, en que el teatro de la guerra les presentó el que deseaban para figurar y hacer fortuna en su nueva patria.

Hablando de las personas que acalararon mas los partidos y tuvieron un participio remarcable en los destinos de Centro—América, no es posible pasar en silencio al Dr. Delgado. Este eclesiástico, dotado de una firmeza incontrastable, astuto, disimulado y sumamente ambicioso; austero en sus costumbres, pertinaz y exaltado en sus opiniones, se habia dado á conocer desde el año de 811 entre los promovedores de la independecia. Cuando se reinstaló la diputacion provincial, figuró en ella como vocal por la provincia de San Salvador; en este concepto trabajó con

el mayor celo por la libertad de su país y tuvo la gloria de ser uno de los primeros que la proclamaron en 821: comisionado en el mismo año para la pacificación de su provincia, organizó en ella la resistencia á la unión á Méjico, conducta que le dió el mas alto concepto: aun gozaba de un nombre distinguido, cuando se instaló la Asamblea nacional y le eligió por su primer presidente. Despues de esta época empañó su fama y desvirtuó sus antiguos servicios, poniendo á toda luz su aspirantismo y una ambicion muy poco conforme al espíritu del siglo, y que, aunque ya era conocida, nunca se creyó que llegaria hasta el punto de dar origen á un cisma escandaloso.

Desde el tiempo del Gobierno español, Delgado habia promovido la ereccion de una silla episcopal en San Salvador; como diputado provincial trabajó eficazmente con el mismo fin, haciendo tomar parte en sus empeños á varias municipalidades de aquella provincia, y comprometiéndolo á su junta gubernativa para que le eligiese primer Obispo, como en efecto se verificó el 30 de Marzo de 22: cuando estaba situada la plaza de San Salvador por Filisola, en las transacciones que se iban á celebrar con este General, Delgado hizo comprender entre las bases del convenio la ereccion de obispado; y aun en la Asamblea nacional trabajó para que se determinase este negocio conforme á sus deseos; mas aquel Cuerpo decidió en decreto de 8 de Julio de 823: *que sin previo y expreso acuerdo con su Santidad, nada podia ni debia disponerse acerca de la eleccion, presentacion ó propuesta para las prelacias.*

A vista de una resolucion tan terminante, se creyó que aquel eclesiástico abandonaria sus pretensiones al pontificado; pero no sucedió así: las dificultades aguijoneaban mas y mas la ambicion de Delgado. Por último, en el Congreso constituyente del Salvador encontró el instrumento que necesitaba para realizar sus esperanzas: aquel Congreso, ménos circunspecto que la representacion nacional, erigió en diócesis la provincia y confirmó la eleccion de primer Obispo que anteriormente se habia hecho en Delgado, á quien previno conferenciase con el Metropolitano sobre el particular; disponiendo al mismo tiempo, que se dirigiesen al Papa las prees de estilo (1). En virtud de estas disposiciones, la parroquia de San Salvador quedó convertida en Iglesia Catedral, y su Párroco se presentó de ceremonia ante el Congreso á prestar juramento de fidelidad al Estado; en seguida tomó solemnemente posesion de su nueva dignidad y concurrió al templo á cantar el *Te Deum*, acompañado de una diputacion de la misma Asamblea y de todas las autoridades locales.

El curso al Arzobispo de Guatemala únicamente se habia acordado para llenar una simple formalidad, pues no se ignoraban las intenciones de este Prelado, en nada conformes con las aspiraciones de Delgado. En efecto, el 21 de Junio del mismo año apareció un edicto del Metropolitano, declarando nulo todo cuanto se habia practicado en San Salvador respecto de la ereccion de una nueva diócesis y nombramiento de

(1) Decretos de 27 de Abril y 4 de Mayo de 1824.— Véase el documento N. 7.